



*Los bosques son un regalo de los
antepasados que deben heredar los
hijos. Como nuestros antepasados
merecen nuestro respeto, como nuestros
contemporáneos, tienen derecho a coexistir
con nosotros en armonía, y como nuestros hijos,
son dignos de nuestro amor.*

Rina Singh y Helen Cann.

NUESTRA FAMILIA ANCESTRAL

Bosques y cuerpos de agua como espacios de aprendizaje

CATALINA GARCÉS MARTÍNEZ



CAMINANTES DE RÍOS Y BOSQUES

La humanidad es una familia ancestral que desarrolló la capacidad de conocer para sobrevivir; conocer también es la síntesis de las relaciones entre las personas y su entorno. Estas relaciones tienen como escenarios y protagonistas a los cuerpos de agua, fuentes de salud y alimento.

Las costas, lagos y cursos de los ríos determinaron el trasegar de esta antigua familia en todos los territorios que fue poblando. Siguiendo los caminos fluviales buscaron aquello que era benéfico para la supervivencia, observaron la jornada diaria del sol, los ciclos de la luna y sus efectos en el agua y la vegetación. Entre las ramas de árboles y arbustos reconocieron frutos alimenticios, medicinales y venenosos, así como variedad de semillas que después permitieron desarrollar la agricultura. Pronto entendieron que entre más indagaban y hacían seguimiento a su entorno, podían crear alianza con plantas y animales para mejorar la vida.

El libro *El collar de Eva* de Franz Xavier Faust (2000) nos cuenta la vida de una mujer que tejió un collar de conchas marinas para sí misma, y en el camino nos narra dinámicas de la prehistoria de la humanidad, acontecida en el continente africano, ligada estrechamente a las líneas costeras y el curso de los ríos. Este texto ilustra la historia de cómo la gente aprendió a sobrevivir, desarrollando un universo mental que tiene vigencia en el presente, pues comprende rituales, desarrollo de herramientas, domesticación de algunos animales y divisiones entre familias que los llevaron a buscar nuevos territorios para poblar. Nos habla de una humanidad que se desarrolló en ecosistemas boscosos de transición entre las costas y las montañas de África occidental.

Durante este largo periodo nómada, vivido por los diferentes grupos humanos de la tierra, que tenían un desarrollo técnico homogéneo sin importar las distancias entre unos y otros, tenían las mismas necesidades y les reconfortaban las mismas cosas: refugio, protección de los depredadores, recolección de frutos, peces y crustáceos. Aparece

el sentido de pertenencia a un grupo, como una práctica que ayudó a cuidarse entre individuos y a crear comunidades¹. Ira Byock (2020), en su libro *El mejor cuidado posible* cuenta:

Hace años, un estudiante le preguntó a la antropóloga Margaret Mead cuál consideraba ella que era el primer signo de civilización en una cultura. El estudiante esperaba que Mead hablara de anzuelos, ollas de barro o piedras de moler.

Pero no. Mead dijo que el primer signo de civilización en una cultura antigua era un fémur que se había roto y luego sanado. Mead explicó que en el reino animal, si te rompes una pierna, mueres. No puedes huir del peligro, ir al río a tomar algo o buscar comida. Eres carne de bestias que merodean. Ningún animal sobrevive a una pierna rota el tiempo suficiente para que el hueso sane.

Un fémur roto que se ha curado es evidencia de que alguien se ha tomado el tiempo para quedarse con el que se cayó, ha vendado la herida, le ha llevado a un lugar seguro y le ha ayudado a recuperarse. Mead dijo que ayudar a alguien más en las dificultades es el punto donde comienza la civilización. (párr. 14)

Devenir nómada es una forma de coexistir con el entorno geográfico, haciendo parte de sus variables y generando muchísimo menos impacto que con la construcción de poblados de larga duración, pues hay menos explotación puntual de los recursos de un mismo lugar. En caso de peligro, es posible replegar la aldea y tomar el curso de los ríos o de caminos entre la vegetación. Y así durante miles de años la humanidad pasó prácticamente inadvertida por la tierra, explorando y reconociendo un entorno inmenso y cambiante.

El río como camino también deja sus huellas: lugares de paso, afluentes, vertientes, bifurcaciones, crecidas, y toda una variedad de condiciones que implican un acto de toma de decisión por parte de quien lo recorre.

Si el río es camino, es continuo, modelado por variables como el clima, las condiciones del suelo o la intervención de otros seres vivos;

¹ El enfoque de la poligénesis nos habla de descubrimientos y desarrollos técnicos que tuvieron origen en varias culturas, hacia la misma época.

podemos entender estos caminos entre bosques y ríos como seres dinámicos con la capacidad de transmitir conocimientos y experiencias que transforman a quienes los recorren; Por eso vemos que las culturas ancestrales basaron sus símbolos en elementos del territorio. Existen ejemplos en toda América de caminos de tierra que también son caminos espirituales, como la gran ruta inca común a todos los países andinos, o los caminos de piedra que comunican los pueblos en la Sierra Nevada de Santa Marta.

La búsqueda es el hecho antropológico que preserva y a su vez guía a la humanidad hacia nuevos territorios. Buscar para sobrevivir o para mejorar la vida, el movimiento constante hacia un estado diferente al actual. Estos comportamientos se entretajan en una relación compleja con las dinámicas del río o el bosque. Existen amplias historias de encuentros entre los pueblos y los ríos detonando cambios culturales; en el río Congo o Nilo en el África, el Ganges en la India, el río Amarillo en china y el río Amazonas en América, que abordaremos en este texto.

Por su relación con el río, ha sido vital el sentido de la búsqueda de la “tierra sin mal” de la familia Caribe. Esta búsqueda fue tan relevante que quedó plasmada en múltiples historias acerca de una tierra de bienestar y abundancia, a la que se podía llegar remontando el curso de los ríos. Buscando esta tierra el pueblo caribe, de origen tupí-guaraní atravesó la Amazonía, llegando hasta las islas del Caribe y Centro América, hasta su encuentro y genocidio a manos de la invasión europea.

Así como en el ciclo del agua entran en intercambio permanente la tierra y el cielo, para los pueblos Amazónicos, la vida es un enorme árbol de agua “Lupuna” (Abaurré Ochoa, 2002) que comienza y culmina en el cielo. Gracias al árbol, entre la tierra y el cielo hay un flujo constante de vida, y el agua es el elemento que conduce, transmite y orienta la vida a través de animales y plantas. Encontramos esta historia con gran fuerza en los pueblos de origen tupí-guaraní.

Una vez configurado ese modo de vida, rápidamente se difundió a lo largo de las rutas naturales de migración, los ríos y costas. A medida que las comunidades crecían, se iban dividiendo o segregando para formar nuevas colonias similares al poblado-madre, siempre a lo largo de los hábitats más privilegiados. Las investigaciones arqueológicas realizadas en Colombia y

Venezuela muestran que las fases iniciales de asentamientos permanentes, se dieron a lo largo de ríos, costas y ambientes lacustres, donde la pesca y la caza proveían una dieta de proteínas. (Burcher de Uribe, 1995, p. 94)

Los estudios históricos han visto más relevancia en las sociedades sedentarias como aztecas e incas, por la variedad y riqueza de su cultura material y toda su organización. El estudio de las edades arcaicas de la humanidad es un gran reto, si se mira desde el punto de vista de la arqueología que pondera una cultura basándose en los objetos que produce.

En *El collar de Eva*, por ejemplo, leemos sobre sociedades del bambú en África y Asia, que durante largo tiempo desarrollaron su técnica, basándose en la utilización del bambú como materia prima para viviendas, balsas y gran parte de herramientas de uso cotidiano, hacia el final del Paleolítico hace millón y medio de años. Como el bambú se descompuso, fue durante mucho tiempo invisible para la arqueología, perdiéndonos así muchas claves del salto tecnológico que tuvo la humanidad al entrar en el Neolítico². Hacia finales del siglo XX fue posible identificar improntas fosilizadas de bambú, como huellas entre sedimentos. La edad del bambú también salió a la luz gracias a los adelantos en el estudio de fibras vegetales.

CHIRIBIQUETE, UN REVELADOR HALLAZGO QUE TRASCIENDE

En nuestro continente a menudo se presentan hallazgos que modifican lo que sabemos de su prehistoria. Ejemplo de ello es el descubrimiento reciente de la extensión del Chiribiquete, en el año 2011 durante los avistamientos previos al rodaje de la película Colombia Magia Salvaje. Sus pictogramas, elaborados con pigmentos minerales que pudieron subsistir hasta el día de hoy, nos hablan de comunidades amazónicas con más de 19 000 años de antigüedad. En estos dibujos encontramos redes de caminos terrestres y por ríos, simbologías del jaguar y la serpiente muy análogas a las que hacen parte de culturas amazónicas

² El caso de la periodización americana es diferente, porque el periodo Neolítico coincide con el arcaico (6000-15000 a.C.).

actuales, que conciben el bosque como espacio vital y sagrado, y a sus animales como guías.

El hecho de que estos pictogramas hayan salido a la luz en época reciente cambia completamente el relato que se tenía sobre la antigüedad del poblamiento en Colombia, pues antes del 2011, el testimonio más antiguo del poblamiento en territorio colombiano era “El Abra” en Zipaquirá con 12 000 años de antigüedad. El esclarecimiento de la prehistoria americana es importante para la consolidación de procesos sociales y políticos donde sea protagonista el pensamiento ancestral y la búsqueda de la identidad, pues la amplísima biodiversidad de la selva amazónica, de la que hoy se beneficia todo el planeta, no sólo es el resultado de procesos geológicos y biológicos, es producto de manejo milenario de esa biodiversidad y conocimiento del territorio por parte de los pueblos indígenas que la han habitado.

Un hallazgo similar tuvo lugar en el norte de India, cuando hacia la mitad del siglo XX desenterraron las ciudades de Harappa y Mohenjo Daro, tan antiguas como Egipto y Mesopotamia, hasta el momento consideradas las primeras sociedades agrícolas, complejas y organizadas del mundo. Este hecho dio gran fuerza al movimiento no violento de liberación de la India, pues quedó demostrada la ancestralidad de su cultura. Los ingleses eran sólo un pequeño capítulo de su historia milenaria. Poco después tuvo lugar la Marcha de la sal y los hechos políticos que lograron la independencia de la India como república.

En Colombia también tenemos casos en los que la arqueología ha colaborado con los pueblos en la búsqueda de esclarecer la historia. Hacia principios de los años ochenta, en el Cauca surgió una teoría muy conveniente para los terratenientes, donde se sugería que el pueblo misak no era originario de Guambia, sino que había sido traído por los incas. Y así, dentro del mismo cabildo surge iniciativa de la investigación arqueológica, que inicia en 1983, y arroja como resultado la ancestralidad del pueblo misak en su territorio actual; esta verdad estuvo sustentada por la historia que contaban sus mayores y mayores y por otras pruebas escritas, por ejemplo, en las crónicas de Cieza de León y en los archivos históricos de Popayán (Vasco, 1992).

Así mismo, la revelación de la antigüedad del Chiribiquete respalda la protección de las selvas y las comunidades, respetando el límite que

esta vez, por medio del testimonio de miembros de pueblos amazónicos actuales, nos pide respetar los límites de la naturaleza, físicamente, y también con respecto a aquello que no nos es dado conocer todavía. Los caminos de la Amazonía, al ser recorridos, son intervenidos, poblados y recreados. En contraste, también hay espacios que no deben ser intervenidos, ni siquiera transitados por los seres humanos.

En el documental que Uldarico Matapí, mayor del pueblo matapí hace con *Semana Rural*, interpreta las pinturas del Chiribiquete como un pensamiento que revela el sentir de la naturaleza en el futuro, relacionado directamente con los caminos de conocimiento que seguimos los seres humanos para darle manejo al entorno. El mayor interpreta el significado de los pictogramas haciendo énfasis en que no se debe ir al Chiribiquete, pues debe permanecer sin presencia humana para seguir realizando su labor espiritual de sostener la vida.

Y mire cómo viene este sendero, como viene acercando el conocimiento para poder manejar el ecosistema, mire como se va acercando. Bueno, entonces cuando aparecen tres personas, o una hilera, una filita de personas así, es porque uno no tiene la capacidad de llegar hasta allá. Mire, esta mano, es un signo “pare” o sea que no puede entrar nadie. (*Semana rural*, 2019, min. 1:53)

¿Cómo interpretamos y aplicamos los mensajes de esta maloca del jaguar? Recordemos que sale a la vista en un momento en que las comunidades nómadas están en riesgo, por proyectos extractivistas que amenazan a todas las regiones. El afán por llegar hasta el último rincón de la tierra, sacar a las especies de su nicho ecológico y manipular la biodiversidad con prácticas como el tráfico de especies, por ejemplo, que interfiere con la naturaleza y sus ciclos. Podemos pensar en esta pandemia como una consecuencia de sacar a las especies de su hábitat, al virus, como ese habitante de lo profundo de la selva que nunca debió ser molestado ni apartado de su nicho.

El manejo que damos a aquella parcialidad que conocemos y esa inmensa mayoría que ignoramos determina elecciones de vida que afectan a pueblos enteros y a las futuras generaciones. Es necesario poner límites al afán de llegar hasta el último rincón del planeta, y darle sentido a la protección del entorno inmediato, a los pueblos ancestrales

que en la actualidad dan voz a las escrituras del Chiribiquete, y que continúan trazando caminos de conocimiento acordes con el bosque y sus ciclos.

APRENDIENDO DE RÍOS Y BOSQUES NATIVOS

La escuela como un espacio de búsqueda y de interpretación permanente del territorio, muchas veces hace parte de contextos urbanos, pero no es ajena a la realidad de todo un planeta que necesita de bosques para sobrevivir. Un lugar donde se ausculta el medio ambiente, pero también tiene la responsabilidad de mejorarlo a través de la formación de las personas.

El poder transformador de las escuelas y de los trabajos formativos con infancia y juventud está en ver a las nuevas generaciones más que como un efecto de las circunstancias, como una causa para que ocurran nuevas cosas. El territorio en el que vivimos también es una causa, pues de ese territorio depende nuestro estar; y si no estamos en la tierra como lugar no podemos ser.

La escuela, como un lugar donde aprendemos lo necesario para sobrevivir, más que para cumplir requisitos de la vida adulta, se puede aprovechar como escenario donde se reúna esa familia ancestral, que aún vive en el Neolítico, pues depende completamente de la agricultura, los ríos y bosques. Podemos aprovechar estos espacios de participación para generar estrategias, acordes a las circunstancias y las necesidades del presente. Sin perder de vista cómo aprendemos y cómo cooperamos desde tiempos antiguos para sobrevivir, adaptarnos y que nuestra presencia, en vez de afectar, mejore el lugar que habitamos.

La vida en las ciudades hace que las personas adquiramos nuevos conocimientos y habilidades cada vez más especializados, y a su vez el contexto nos impulsa a ser muy versátiles para sobrevivir como colectividad, siendo coherentes también lo que ahora sabemos sobre las reservas naturales y las comunidades que las habitan. Si nos remontamos a la forma ancestral de cooperar y a utilizar de lo que disponemos en el entorno para sobrevivir, encontramos espacios abiertos, la observación del cielo, el curso de los ríos, encuentros con lo más próximo, las montañas, las plantas y sus propiedades, y a partir

de esa aproximación, de ese riesgo, nos es dado conocer, es por eso que el conocer pasa por la experiencia física, y el estar en un lugar.

En las ciudades y pueblos cada vez se apuesta más por viviendas de concreto, ligadas a una forma de vida donde priman las cuadrículas, una arquitectura de celdas que ofrece la ilusión de seguridad, de distancia, de propiedad, pero que nos limitan el conocer, pues gracias a la vida entre paredes y a la contaminación lumínica, ya no logramos visualizar el cielo nocturno. Las rutinas y hábitos de la vida urbana están hechos para que perdamos de vista el cielo, la tierra y la amplitud del horizonte.

Por otra parte, la vida estudiantil y laboral, tiende a tener el cuerpo más inactivo perdiéndonos gran parte de la relación con el mundo. En consecuencia, día a día limitamos nuestro sentido y de esa forma aprendemos menos, pues el ámbito de la experiencia y la vivencia a través del cuerpo resulta cada vez más limitado. Si los bosques y sus árboles son los escenarios educativos más antiguos, usados y enriquecidos a través del tiempo, donde el ser humano no solo aprende sino que hace parte del acontecer, con todo su cuerpo y su atención ¿por qué los modelos educativos siguen apuntando a una educación cada día más confinada?

Afortunadamente hay propuestas educativas que comprenden esta dimensión ambiental del conocer y el aprender y se esfuerzan por no perder de perspectiva la incursión en bosques y cuerpos de agua como práctica imprescindible en el diario vivir escolar. Recorrer la naturaleza no sólo beneficia a las personas. En la actual situación política y social de Colombia –y de muchos otros lugares del mundo en donde la vida es amenazada–, entendemos la importancia de nuestra presencia en los bosques y cuerpos de agua. La posibilidad de transitar por los territorios hace parte del derecho a la vida y a la ciudadanía.

UNA EXPERIENCIA SON LOS CACTUS

A continuación, esbozo un conjunto de experiencias educativas donde se acude al bosque como guía de las futuras generaciones. Traigo a ustedes el ejemplo del colegio Los Manglares, que se enfoca en la educación ambiental, con un currículo transversal donde todas las

áreas participan de un proyecto general que cambia cada trimestre y cuyo eje siempre está enfocado en los ecosistemas esenciales de nuestro distrito (Santa Marta, Magdalena), donde a principios del 2020 trabajamos uno de los ecosistemas predominantes y menos valorados de la ciudad: su bosque seco tropical.

Circundando la Sierra Nevada de Santa Marta encontramos varios cerros menores, ecosistemas de transición entre la línea costera y los bosques tropicales de niebla de la Sierra, poblados de cactus, Guamachitos, Trebores y otros árboles nativos que lucen amarillos y secos la mayor parte del año, pero que a la primera lluvia reverdecen, revelando gran cantidad de especies animales y vegetales. Estos ecosistemas, junto con los bosques enanos y matorrales espinosos que circundan las playas, son los más amenazados del distrito, porque son vistos más que como baldíos, como “peladeros” por empresarios que hacen todo lo posible para situarse frente al mar. Desde la escuela trabajamos en conocer y valorar estos ecosistemas centrándonos en uno de sus elementos para auscultar desde todas las áreas. En este caso, investigamos sobre los cactus nativos de los cerros de Playa Salguero.

Los cactus son una planta vital en la historia de la tierra; tenemos su rastro desde el periodo Cretácico, cuando, debido al rompimiento de las placas tectónicas, aparecieron en la tierra muchos paisajes desérticos, rocosos, donde la vida vegetal debía generar estrategias de adaptación. Después de las sicas y los helechos, los cactus son las plantas terrestres más antiguas, árboles de tallo suculento, cuyas espinas cumplen la función de las hojas en otras plantas, para protegerse y absorber las diminutas gotas de agua transportadas por el aire. Desarrollaron también amplias raíces que se extienden para buscar depósitos de agua, abrirse espacio entre las rocas, resistir los fuertes vientos y captar agua y nutrientes.

Existen tres tipos de cactus básicos: columnares como los Cardones, de “chumberas” como el Nopal y Globular como el Melocactus. Está muy difundida la idea de que los cactus tienen espinas sobre todo para ahuyentar a los animales que vienen por sus higos y la carnosidad de su tallo; sin embargo, como buen árbol, los cactus son refugio para diversidad de aves, reptiles, insectos y mamíferos que viven incluso dentro de él.

Culturalmente es una planta muy aprovechada por las comunidades de desiertos y bosques donde crece, pues tiene usos alimenticios y medicinales. De él se extraen fibras útiles para vestuario, construcción y fabricación de herramientas. En comunidades indígenas kogui de la Sierra Nevada de Santa Marta, el Melocactus tiene un uso ritual ligado a la búsqueda de sabiduría. En la Guajira el Cardón seco es aprovechado en la construcción de cercados y casas. En general es símbolo de resistencia, paciencia, adaptabilidad y mejora continua del entorno. Existen alrededor de 2500 especies de cactus, todas originarias de América, aunque también hay suculentas nativas de Asia y África. Estos antiguos habitantes del planeta son grandes aliados en la vida urbana por sus múltiples beneficios: necesitan poco riego, ayudan a regular la temperatura, se pueden usar como cerco o pared verde, dan un carácter único a cualquier tipo de casa o construcción y tienen frutas tan nutritivas como el higo o la pitaya.

En este proyecto, además, vimos cómo los cactus despiertan la curiosidad de los niños, por su florecimiento nocturno, variedad de formas y facilidad de propagación. Como resultado los estudiantes armaron y cuidaron sus macetas con cactus, buscando que en la vida adulta no sólo los cuiden una planta sino a todo el bosque seco que habitan. Es un ejercicio pequeño pero significativo en cuanto que nos permitió comprender la singularidad del ecosistema en el que se ubica el colegio. Reflexionamos acerca de la antigüedad de estas montañas, no sólo a través del estudio de las propiedades de un árbol, sino de todos los usos y significados que le han dado las diferentes sociedades que por aquí han pasado y darle nosotros el regalo de su conservación a las futuras generaciones.

REFERENCIAS

- Abaurré Ochoa, J. C. (2002). *Mito y chamanismo: el mito de la tierra sin mal, en los tupí-cocama de la amazonía peruana (Tesis doctoral)*. Universidad de Barcelona.
- Byock, I. (2020, junio). *Aislamiento, el día nacional del libro y la solidaridad*. www.osdop.org.ar.
- Burcher de Uribe, P. (1995). Ecología de los caribes. *Boletín de antropología*, 9(25) 94.
- Faust, F. X. (2000). *El collar de Eva*. Universidad del Cauca.
- Semana Rural. (2019). *El último chamán Matapí descifra los secretos de Chiribiquete* [Vídeo]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=gtOGDZl1Rpk&ab_channel=SEMANARURAL
- Singh, R., & Cann, H. (2003). *El bosque de cuentos: historias de árboles mágicos de todo el mundo*. Barefoot Books.
- Vasco, L. G. (1992). *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india*. ICANH.